

LE SAULCHOIR: UN MÉTODO TEOLÓGICO PRECURSOR

Le Saulchoir. Una scuola di teologia, Introduzione di G. Alberigo, Casale Monferrato (1982) 42-44; 51-53

Primacía del dato y valores de la reflexión

Si el cristianismo saca la propia realidad de la historia y no de una metafísica, el teólogo ha de tener, como preocupación primera, tanto por dignidad como cronológicamente, el conocer esta historia y aprestarse a este fin. No se trata de un esfuerzo pasajero que, en el umbral del laboratorio de la reflexión, se deja al especialista, sino de un empeño continuado, gratificante para el espíritu. Tampoco se trata de una apologética utilitarista, ciencia de servidores encargados de defender el arca santa contra los herejes y los negadores del dogma, sino alimento sustancioso mediante la Palabra de Dios. Según santo Tomás, son el terreno en el que, sin descanso, ella cobra vida y progresa en comprensión. Y más todavía que en la ciencia, se precisa ese *retorno al dato* como al principio en el que toda construcción teológica encuentra su fundamento y su sentido.

En una concepción así de la teología la Escritura y la Tradición no son repertorios de argumentos para uso escolar. Son primordialmente el *dato* que hay que escrutar, conocer, amar por sí mismo. Toda ulterior reflexión sería vana si no tratase de conocer mejor este dato en todas sus posibilidades de inteligibilidad religiosa. Utilizar los textos paulinos para demostrar la causalidad física de los sacramentos* es ir al revés: Porque la causalidad física no es más que un modo de concebir-plenamente el realismo sacramental paulino. Si mantengo la unidad del ser en Cristo, no es para aplicar a un caso particular la diferencia real de esencia y existencia*, sino para asegurarme las ventajas de la espléndida mística cristológica de los alejandrinos *, una de las más sólidas riquezas de la Tradición en la Iglesia de Oriente.

Verdad elemental, en la que se expresa el orden inviolable de los valores, contra el esquema-de muchos manuales, en los que parece que la Biblia no sirva para otra cosa que para proporcionar argumentos a los maestros de escuela. Aquel famoso esquema tripartito, según el cual una "tesis" teológica está fundada, si se prueba por la Escritura, por la Tradición y por la razón, no es sino el residuo de un compromiso entre teología positiva* y teología especulativa*, que en realidad compromete a ambas en una falsa simetría, en la que no se corresponden la primacía del dato y los valores de la especulación. Y compromete sobre todo la amplia y sabrosa asimilación de las riquezas inagotables del pensamiento y de la experiencia cristiana, pasados y presentes.

Si este es el lugar del dato revelado -Palabra de Dios percibida en la fe y expresada de modo multiforme, comenzando por la misma encarnación del verbo- se comprende cómo va de equivocada la crítica lanzada contra la teología positiva y la importancia que se le atribuye: inmensa búsqueda a través de la historiase diceque al término de largas e intrincadas sendas, no puede llegar más que a una colección de testimonios y de opiniones, a menudo encontradas, incapaces por sí mismas de constituir un saber teológico orgánico; 'autoridades' tal vez, pero no conocimiento interior y alimento vivo para el espíritu. Semejante objeción no posee consistencia más que frente a un

determinado modo de hacer teología positiva. Siguiendo en esa línea tan significativa, llegaríamos a denunciar en sus causas el estatuto de trabajo basado en la rotura entre las dos funciones orgánicas de la teología. Sólo la fe es el lugar en el que, psicológica y científicamente, pueden converger, en la unidad de un saber, documentación y especulación, 'autoridad' y 'razón'. Porque sólo la fe es a la vez percepción realista en busca de la contemplación divina y asentimiento a proposiciones autoritativas. Volvamos a nuestro punto de partida: fuera de la fe, en el sentido más sobrenatural de la palabra, la teología pierde su consistencia: cae literalmente a pedazos. Pero en la fe nace y crece en el creyente un deseo exigente -*intellectus fidei*-que, con una permanente curiosidad por el dato revelado, provoca un aprecio religioso y científico por las disciplinas que lo elaboran: caudal inmenso que sería un pecado reducir a una serie de proposiciones y un elenco de textos venerables. Porque los lugares del creyente y del teólogo son la entera vida positiva de la Iglesia, sus comportamientos y sus pensamientos, sus devociones y sus sacramentos, su espiritualidad, sus instituciones, sus filosofías, según la amplia catolicidad de la fe, en su espesor de historia y sobre el espacio entero de la civilización.

Estar presente en el propio tiempo

Teológicamente hablando, esto significa hacerse presente al dato revelado en la vida actual de la Iglesia y en la experiencia actual de la cristiandad. Ahora la Tradición es, en la fe, la presencia misma de la revelación. El teólogo vive de esto: sus ojos están abiertos de par en par sobre la cristiandad *en acción*. Así; mira con santa curiosidad:

- La expansión misionera, cuyo sentido profundo -contra tantas estrecheces mentales e institucionales- se revela todavía más vivo y vigoroso por el sentimiento. que producen las nuevas dimensiones del mundo, su solidaridad, su autonomía, los nuevos pueblos adultos, sin la tutela de un colonialismo superado.
- El pluralismo de las culturas humanas, cuyas riquezas dispares pueden incomodar a las cristiandades locales, pero no dejan de mostrar junto con la trascendencia del cristianismo, la flexibilidad divina de su gracia.
- Las grandezas originales del Oriente, que el *Islam* ha arrebatado al cristianismo, que las escisiones han dilapidado; pero cuya privación .sigue siendo una herida abierta para la Iglesia, tentada desde entonces de quedar bloqueada en el latinismo occidental.
- El conmovedor e incontenible deseo de unión que agita a la comunidad católica y, aún más febrilmente a las comunidades no católicas; cuyo movimientos ecuménicos' dan testimonio de la *Ecclesia una sancta*.
- El fermento social provocado por el acceso de las masas populares a la vida pública y consciente, espectáculo grandioso -que la perversión comunista vuelve trágico-, :que incluye su denuncia de las ignorancias y de las omisiones de los cristianos. Y esto no sólo por los nuevos problemas de moral práctica que desde entonces se han planteado, sino también por el grave problema de una nueva cristiandad en gestación, cuerpo místico en el que el trabajo tendrá su estatuto espiritual y el hombre su condición humana entre la riqueza y la miseria.

-Y en el centro de todo esto, la Iglesia militante, que reencuentra en este mundo nuevo una nueva juventud, con un método nuevo *de* conquista, en el que el seglar participa en el apostolado jerárquico, llevando a su ambiente el testimonio y la vida de Cristo: encarnación prolongada, en la cual todo el espesor de la sociedad humana, según sus oficios y sus clases, es asumido en movimientos especializados, estructura típica de esa nueva cristiandad.

Todos estos son otros tantos lugares teológicos en acto, por la doctrina de la gracia, de la encarnación, de la redención. Malos teólogos los que; sepultados en sus infolios e inmersos en sus disputas escolásticas, no estén abiertos a estos espectáculos, no solamente en el fervor devoto de su corazón sino formalmente en su ciencia: dato teológico plenamente productivo, en la *presencia* del Espíritu. La cristiandad del siglo XX es, como la del siglo XIII; un magnífico ambiente de trabajo para la teología.

Tradujo y condensó: JORDI CASTILLERO